

LA BENEMÉRITA



El Excmo. Sr. General D. Antonio Aranda Mata, artífice de la heroica defensa de Oviedo



Ayuntamiento de Madrid

La Benemérita

Revista de Información profesional

Redacción y Admón.: Fernández de Isla, 11, 1.º - SANTANDER - Teléfono 22-32 - Apartado 106

SE PUBLICA QUINCENALMENTE

Precio de la suscripción TRES ptas. trimestre

Pago adelantado por Giro Postal

Gastos de Giro de cuenta del suscriptor

Año I

Segunda Epoca - 30 de Octubre de 1938 - III Año Trilunfal

Núm. 20

≡ O V I E D O ≡

La gesta heroica de los defensores de la ciudad mártir. - El General Aranda enterró en las trincheras rojas la leyenda de los feroces mineros. - Las últimas tentativas para apoderarse de la ciudad fracasaron como las primeras

Conmemora Asturias en estos días el primer aniversario de su total liberación. Y Oviedo el final de aquel asedio a que la horda roja tuvo sometida a la ciudad mártir, totalmente, desde el 20 de julio al 17 de octubre de 1936, en cuya fecha las columnas victoriosas que de la noble y generosa Galicia venían, asomaron por las crestas del Naranco, para bajar triunfales e invencibles a liberar la ciudad que en un brioso e incontenible empuje pusieron en comunicación por el Occidente con la España de Franco, y parcialmente, desde aquella fecha a la del estrepitoso derrumbamiento del frente rojo en toda la región asturiana y, como consecuencia, la terminación de la guerra en el Norte, que en octubre de 1937 quedó todo él por España y por el Caudillo.

Bien merece esa gloriosa gesta en que a las órdenes del invencible General Aranda tomaron parte activísima con otras fuerzas de la guarnición y un puñado de patriotas voluntarios de la heroica Falange nuestros camaradas beneméritos de Asturias, que le dediquemos en este primer aniversario de la liberación total del Principado unas páginas de nuestra Revista, que cuenta en la Comandancia de Oviedo con medio millar de entusiastas suscriptores, la mayoría de los cuales, si no todos ellos, fueron actores en aquellos episodios que sobrepasaron en crueldades rojas a los de Octubre de 1934.

El 19 de julio invadieron Oviedo millares de marxistas procedentes, en su mayor parte, de las zonas mineras. Iban a proveerse del armamento que, para hacer su revolución,

habíales prometido el Gobernador civil de Asturias.

Creyéndose ya en país conquistado, los energúmenos aquellos comenzaron a efectuar detenciones de gentes de derechas o de orden, simplemente, y a cometer otras tropelías. Fué entonces cuando el General Aranda, que había «facturado» con gran habilidad en dirección a Madrid unos trenes de mineros, tomó la patriótica y gallarda determinación de poner su honrosa espada al servicio de España y defender la ciudad de la barbarie comunista. Entonces los invasores huyeron, siendo los primeros en ponerse en salvo, como siempre, los altos dirigentes (González Peña, «Amadorín», Javier Bueno, etc.).

Contaba el ilustre salvador de Oviedo para enfrentarse con los millares de milicianos que iban a caer sobre la capital, con unos 500 hombres del Regimiento de Milán, con 800 guardias civiles y unos 250 de Asalto. Falange se incorporó desde el primer momento con gran decisión y aumentó con 400 hombres los contingentes defensores. La población civil, envenenada en su mayor parte por el virus soviético, no obstante las calamidades y vejaciones que tuvo que sufrir de las hordas mineras en el año 34, apenas si respondió al llamamiento que Aranda les hizo para armarse y defender la ciudad. Con esos dos millares de hombres y otro millar escaso de voluntarios que fueron saliendo poco a poco, libró el ilustre General a la ciudad de ser aniquilada por la bestia y sostuvo con espíritu heroico y

sin desmayo el inhumano asedio a que durante noventa días tuvieron la sometida los bárbaros del siglo XX.

La guerra fué fácil los primeros días. El pequeño Ejército de Aranda llevaba a cabo excursiones victoriosas por Lugones, Colloto, altos de Olloniego y Olivares y carretera de Gijón, llegando a mitad del camino de la populosa ciudad marítima, donde los de Simancas comenzaban a escribir con su sangre generosa y heroica aquella página de gloria de nuestra Santa Cruzada.

Los rojos, desorganizados aún y a la deriva, limitábanse a presenciar de lejos los movimientos de nuestras fuerzas, a soltarles unos cuantos tiros y a correr. Esta situación cambió de repente el 31 de julio, y Oviedo comenzó a sentir la guerra y a padecer los horrores del asedio. Aquella tarde toparon las columnas defensoras por la parte de Olivares con las mesnadas «facturadas» a Madrid, ya de vuelta, y al mando de traidores oficiales de Asalto, y se produjo un violento combate. En él encontró muerte gloriosa el camarada jefe de la Falange de Gijón, Enrique Cangas. Y al entrar en Oviedo sus defensores, cayeron sobre la ciudad varios cañonazos que causaron las primeras víctimas entre el elemento civil no combatiente.

El enemigo contaba al principio con unos 4.000 hombres armados con fusiles y disponía además de ocho cañones del 10,5; dos del 7,5; un obús del 55; una docena de morteros; de 15 a 20 ametralladoras, numerosas pistolas ametralladoras y municiones abundantes. Sus contingentes

de hombres y material bélico aumentaban de día en día y disponían también de algunos aparatos de aviación que, a cada momento, arrojaban sobre la ciudad su mortífera metralla. En un solo día de los primeros de agosto lanzaron contra Oviedo 1 500 bombas. La artillería disparaba igualmente sobre la ciudad sus proyectiles.

La caída de Gijón volcó sobre los diversos sectores de la capital nuevas mesnadas pertrechadas con el armamento recibido del extranjero. Su artillería se duplicó y entraron en funciones hasta una docena de carros blindados y varios tanques improvisados.

Sobre las afueras de la capital actuaron aquellos días de agosto más de 12.000 milicianos. Los ataques a las posiciones eran constantes y muy duros. Su artillería y su aviación batían furiosamente los sencillos atrincheramientos de los defensores, cuyas bajas iban en aumento, sin reservas para reponerlas. La admirable estrategia del Coronel Aranda y su valor sereno infundían gran confianza en sus tropas, que resistían con gran heroísmo y rechazaban con alto espíritu los embates de la bestia roja. La presión enemiga era cada vez más fuerte y desde dentro los recalcitrantes marxistas escondidos dedicábanse, para ayudar a los de fuera, a paquear, durante la noche, desde sus madrigueras, a las parejas que vigilaban la población. Las patrullas designadas para acabar con los tiroteos internos, eliminaron bien pronto a los osados «pacos».

Los meses de agosto y septiembre transcurrieron en continuos ataques a las posiciones de los impertérritos defensores. Los marxistas querían tomar Oviedo para celebrar en el centro de la ciudad, tal vez con la destrucción de ella, previo el correspondiente saqueo de los Bancos por González Peña, maestro en estas productivas faenas, y con el martirio y asesinato de la guarnición y de las personas afectas a la Causa Nacional, el segundo aniversario de la revolución del 34. Y, como a pesar de su enorme superioridad en hombres y armamentos no lo lograban e iban dejando ante las alambradas de los guerreros de Aranda centenares de cadáveres, organizaron para los primeros días de octubre con la cooperación de los «gudaris» euzkadianos, que admirablemente equipados y en grandes masas les mandó desde Bilbao el iluso Aguirre, «presidente de todos los vascos», y de las milicias montañesas que les prestó y facturó desde Santander el alto comisario de guerra de la provincia, Bruno Alonso, que sabía tanto de cosas bélicas como yo de chino, la toma definitiva de Oviedo.

Sabían bien los «mandamás» rojos de allí y de aquí que los defensores de la ciudad eran pocos y que las bajas de guerra y por enfermedad los habían reducido a menos; que sus medios de lucha eran escasos y por tanto muy inferiores en cantidad y calidad a los que sus mesnadas poseían, y muy confiados andaban, al menos los de aquí de Santander, que ante los treinta y cinco mil hombres, y acaso más, que se

iban a volcar sobre el perímetro de la ciudad, ésta caería irremisiblemente y con facilidad suma. Y tan así lo pensaban, que para celebrar la caída tenían preparada para el momento oportuno una manifestación monstruo, la banda de música, cohetes, números extraordinarios de Prensa, pasquines, etc. y hasta se habían formado ya cuadrillas de amigotes y amigotas, para ir a comer allí la clásica fabada y tomar café en la calle de Uría. Con tal propósito se encaminaron hacia Oviedo en la mañana del 6 de octubre unos cuantos papanatas y entre éstos el pomposo gobernador de Santander, Palencia y Burgos, y el alcalde. Y de los que se quedaron aquí, fueron muchos los que la tarde y noche del citado día 6 telefonearon con insistencia preguntando a los Centros oficiales y a las Redacciones de los periódicos si se había entrado ya en Oviedo. «Están a las puertas», «están a las puertas» se les contestaba. Y efectivamente que estaban; pero dichas puertas guardábanlas unos cancerberos de colmillos tales, que nadie se aventuraba a traspasarlas.

El ilustre General Aranda nos describe aquella difícilísima etapa que comenzó el 4 de octubre y terminó el 17 con la llegada de las columnas procedentes de Galicia.

Es digna de ser conocida y conservada la gesta de aquella gloriosa quincena en que unos centenares de bravos, en su mayoría heridos y enfermos leves, con solo fusiles y ametralladoras y ya muy escasas municiones, cerraron el paso a millares y millares de atacantes que poseían ca-

ñones, aviones, morteros y dinamita en abundancia y carros blindados para atacarles a mansalva.

Declara el heroico defensor de Oviedo:

«Cuarta etapa, desde el 4 al 17 de octubre.

Transcurre en un ataque continuado, que comienza en el sector Norte, corriéndose por el Oeste hasta el Sur. Las posiciones son reducidas a escombros antes del asalto, siendo preciso replegar las líneas al casco de la población. El enemigo ha manejado de diez a doce mil hombres, relevados constantemente, cuarenta y dos piezas de artillería y seis aviones, haciendo uso de carros blindados, líquidos incendiarios y un derroche de dinamita,

Es la etapa más dura del sitio, siendo heroico durante ella el comportamiento de los defensores.

El día 4 de octubre, comenzó el ataque a fondo de la Plaza, rechazándose uno violentísimo en el frente Sur a la loma de Manjoya y Caserío de las Cruces, en el que el enemigo empleó carros blindados armados de cañón y ametralladora; se le inutilizaron dos de ellos, dejando cerca de 200 muertos.

En el día 5, fueron anuladas aquellas posiciones que no pudieron reforzarse a causa del intenso fuego que sufrían, lo que obligó a evacuarlas, retirando las armas automáticas.

En los días 6 y 7, se combatió duramente en la loma del Canto, sobre la que el enemigo concentra su artillería del 7,5, enterrando materialmente a sus defensores, habiéndose

repuesto las bajas, aunque parcialmente, durante la noche, con personal auxiliar.

El día 8 es rebasado el flanco izquierdo de la posición del Canto en la cual penetra el enemigo al anochecer, siendo herido su jefe, y ante la imposibilidad de cubrir las bajas sufridas, se ordenó la retirada a las posiciones de San Pedro de los Arcos, transformadores del Naranco y Cárcel. Se rechaza un fuerte ataque a Abuli y otros nocturnos por la Argañosa y Depósito de Máquinas. En estos días, el bombardeo de aviación es intenso, el abastecimiento se efectúa por la noche difícilmente y la población civil se recluye en los sótanos.

El día 9, el enemigo, que avanza con camiones blindados, sigue filtrándose en la Argañosa, combatiéndose en las casas que se incendian o vuelan al ser ocupadas por aquél.

El día 10 se lucha duramente en el Fresno y Prado de los Catalanes, llegando los rojos a la Malatería y barrio de San Lorenzo, rechazándose enérgicamente un ataque a la Argañosa, Plaza de Toros y chalet de don Melquiades Alvarez.

En la noche del 9 se evacuó el Campón y el Depósito del Agua y en la del 10 San Estéban de las Cruces; la mayoría de los puestos quedaron mandados por movilizados.

El 11, se sostiene con dificultad el Caño del Aguila y la línea de Villafría, empezándose a construir en el interior de la población reductos de resistencia, guarnecidos por voluntarios civiles, con víveres para ocho días.

En el día 12, presiona el enemigo en San Pedro de los Arcos, Caño del Aguila y Villafría, empleándose grandes masas que avanzan a fuerza de relevo, a pesar de sus cuantiosas pérdidas. No queda personal en segunda línea, desarrollándose el combate a corta distancia con fuego lento y certero de fusil, empleando también bombas de dinamita construídas en la Plaza. Se ordena a todos que se mantengan en sus puestos, mientras lo permitan los edificios, pasándose de la guerra de trincheras a la de calles y disponiéndose que cuando la artillería enemiga destruya alguna casa, sus defensores ocupen la siguiente. Salen de los hospitales todos los heridos y enfermos leves, y marchan a reforzar los puestos. Al llegar la noche, se repliega el frente al recinto de la población, excepto Cadellada que lo hace a la loma de Velarde.

El día 13, el enemigo ataca violentamente la estación del Norte y la plaza de América, empleando su artillería y aviación, produciéndose incendios; se combate duramente en todo el frente.

El 14 cede algo el ataque, se enlazan los puestos y se levantan barricadas, evitándose que el enemigo penetre en la población; nuestra aviación arroja municiones y material sanitario.

El día 15, se rechaza en el frente Sur un fuerte ataque, destruyendo al enemigo dos camiones blindados, evitándose además el que aquél se filtre hacia el Campo de San Francisco.

El día 16 entra el enemigo en el

barrio de San Lázaro, progresando en las casas, empleando la dinamita. Por la noche se detiene el avance incendiando parte del Campillín, produciendo a los rojos 200 muertos. La resistencia se hace imposible, abarcando todo el perímetro, preparándose la retirada hacia los reducidos interiores, especialmente el formado por la Fábrica de Armas, Cuartel de Pelayo y el de la Guardia Civil con la loma de Pando que los domina. No obstante lo expuesto, el espíritu es excelente.

El 17, desde muy temprano, acude nuestra aviación, y el enemigo actúa en el Naranco, en donde a medio día aparecen fuerzas marroquíes. Aquél presiona aún en el frente Oeste y en el barrio de San Lázaro. A las dieciocho y media horas entra en Oviedo la vanguardia de la Columna del Teniente Coronel Teijeiro y el sitio ha terminado.»

Y por el momento terminaron también las furiosas acometidas de los rojos. Estos llegaron, sacrificando millares de hombres, a las mismas bocacalles del casco urbano. Meses después, en una rápida visita al teatro de la lucha, vimos sus emplazamientos, sus extensas líneas de trincheras, sus fortificaciones y los enormes embudos de las explosiones de sus minas y las ruinas de centenares de edificios volados por la dinamita y destruidos por las llamas. Pero al interior de la ciudad no lograron pasar, porque las merma y heroicas huestes de Aranda aguantaron firmes y con sublime espíritu las últimas acometidas y en el momento culminante de la lucha lan-

zaron un *no pasaréis* rotundo, tajante, amenazador, que era, no una estúpida bravata, sino una fulminante sentencia de muerte para los desgraciados que osaban echar el pie adelante.

Para el fracasado y jactancioso González Peña—al que oímos decir un día por radio a don Alberto, que tal nombre usaba Indalecio Prieto en sus cotidianas comunicaciones radiofónicas con sus compinches del Norte, que los gallegos jamás pondrían su planta en Asturias, cuando lo cierto era que ya estaban pisando terreno de la vecina región—era cuestión de amor propio—y no digo de honor porque ese honroso calificativo no debe aplicarse a sujetos de tal calaña—la toma de Oviedo.

Pese a los desastres sufridos por sus «bravos» mineros, aún tuvo la osadía de organizar en febrero de 1937 una nueva y formidable ofensiva, cuyo objetivo era la toma de Oviedo.

Para tal fin solicitó y obtuvo la cooperación de las milicias vascas y montañesas. Aguirre, el «Napoleón» de Euzkadi, muy interesado en la toma de Oviedo, puso a disposición del «expropiador» González Peña nuevos y bien nutridos y perechados contingentes de «gudaris» y de Santander se facturaron nuevamente para Asturias unos cuantos batallones y con estos importantes refuerzos y los que allí había, que eran muy numerosos, iniciaron la nueva ofensiva sobre Oviedo, que constituyó otro rotundo fracaso y costó a los ejércitos rojos en el Norte millares de muertos, much

de los cuales dejaron insepultos entre ambas líneas y cuyos esqueletos se obligó a los milicianos a recoger y enterrar al derrumbarse definitivamente en octubre de 1937 el frente marxista de Asturias, en el cual quedó enterrada también la leyenda combativa de los «feroces» mineros asturianos.

También esta vez los defensores de la ciudad, muy inferiores en número a los atacantes, impidieron con su heroico esfuerzo y con su invencible arrojo que la desesperada bestia roja hollara con su inmunda pezuña el interior de la ciudad.

Y también esta vez, como en octubre de 1936, los que de aquí fueron para presenciar la toma de Oviedo y tomar café y copa en la calle de Uría, se volvieron a Santander desencantados y con las orejas gachas.

Durante el asedio, pasó Oviedo días sumamente difíciles y amargos. Los de octubre hasta el feliz de su liberación fueron verdaderamente apocalípticos.

El agua llegó a escasear y había que ir a recogerla al anochecer a los aljibes y mediante vale de racionamiento. Faltó la luz eléctrica para usos domésticos y hubo que recurrir al carbuto, a las velas, incluso a las antorchas.

De noche—dice el notable escritor J. E. Casariego, en un interesantísimo reportaje publicado en el gran semanario «Domingo»—los sótanos, iluminados con esas luces mortecinas y movedizas, parecían antros que recordaban las catacumbas de la primitiva cristiandad. Se rezaba el

Santo Rosario y los niños lloraban en los brazos de las madres desfallecidas que pensaban en sus hermanos y maridos que se batían en los parapetos. Muchas veces, las certeras bombas llegaban hasta esas guaridas del dolor, produciendo horripilantes carnicerías. Una bomba atravesó una casa de la calle de Caveda, hizo explosión en el sótano y mató a las cincuenta personas allí reunidas. Entre las ruinas ví yo la manecita de un niño que colgaba como un pingajo ensangrentado de entre dos vigas retorcidas. Otra bomba mató en la calle de San Bernabé a ocho mujeres y a cinco niños. De casos como éste podría hacerse una larga relación.

La leche condensada y natural, se daba en Intendencia mediante receta. Y era conmovedor ver a las madres, impávidas, desafiando la metralla, para conseguir el alimento de sus pequeñuelos. Muchas de esas madres abnegadas cayeron sobre el asfalto apretando con la última crispación de sus dedos el bote que era la vida de sus hijitos queridos.

Cuando los rojos desencadenaban sus feroces ataques, un clamor de miles y miles de armas de todas clases inundaban la ciudad. Era un estrépito ensordecedor. Docenas de miles de proyectiles silbaban por las calles desiertas, estrellándose contra las paredes, rompiendo los cristales, tronchando los cables, que chirriaban angustiosamente. Y la población civil indefensa, pasaba horas de terrible angustia pensando si entrarían los rojos, si caerían los suyos en el fragor de la batalla.

En la postrera semana la población civil no salió de los sótanos. Culminó sus sufrimientos y pudo vivir por un verdadero milagro de la providencia. Ocurrieron bastantes fallecimientos por la epidemia y los cadáveres tuvieron que esperar varios días en los rincones antes de recibir cristiana sepultura.»

Los sufrimientos de la población civil terminaron también el 17 de octubre de 1936. Las Columnas que del Occidente llegaron les llevaron, con el fin del cruel asedio, la tranquilidad que con su resignado sacrificio constantemente ofrecido por Dios, por España y por Franco, tan heroicamente habían ganado.

En esta conmemoración de la heroica defensa de Oviedo, en la que tomaron parte un millar de beneméritos de la plantilla de aquella Comandancia, hemos de tributar el homenaje de nuestra entusiasta admiración al invicto Genetal Aranda y a cuantos a sus sabias órdenes tuvieron el honor de luchar y salvar a Oviedo de la garra roja; y un recuerdo piadoso, ungido con una ferviente oración, a los que cayeron con gloria en la heroica gesta, entre los cuales se cuentan 149 guardias civiles y a los **CIENTO NOVENTA** camaradas asesinados en Asturias por ser guardias civiles y españoles y negarse rotundamente a sumarse a la horda soviética que los victoriosos Ejércitos del Caudillo terminarán de aniquilar muy pronto, para bien de la Nueva España y de la civilización cristiana.

JENARO G. GEIJO

Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra INGRESOS

Por Orden de 21 de octubre de 1938 (B. O. núm. 116), se concede ingreso en el expresado glorioso Cuerpo con el título de *Caballero Mutilado por la Patria*, con la calificación de «Mutilado Útil», al siguiente personal del Cuerpo:

Cabos: don Jesús Rodríguez Suárez, de la Comandancia de Oviedo; don Samuel Rodríguez Delgado, de la de Málaga; don Luis Nofuentes Aranda, de la de Granada; y al guardia don Pedro Fuentes Martín, de la de Oviedo.

Medallas de Sufrimientos por la Patria

Por las disposiciones que se citan, se concede esta condecoración, con las pensiones que se expresan, al personal del Cuerpo que a continuación se relaciona:

Orden de 28 de septiembre de 1938
(B. O. núm. 102)

Brigada de la Comandancia de Oviedo, don Victoriano Dallo Langarica, herido siendo sargento; pensión mensual de 17,50 pesetas durante cinco años.

Guardia de la Comandancia de Guipúzcoa, don Blas Valderrama Valderrama: pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas.

Orden de 4 de octubre de 1938
(B. O. núm. 103)

Guardias: de la Comandancia de Málaga, don Antonio Heredia Martín y de la de Palencia, don Jesús Garrido López: pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas.

Orden de 15 de octubre de 1938
(B. O. núm. 116)

Brigada de la Comandancia de Zaragoza, don Ezequiel Blanco Blázquez; pensión mensual vitalicia de 20,00 pesetas.

Tarifas postales y telegráficas

Por Ley de 13 de Octubre de 1938, inserta en el «Boletín Oficial del Estado», núm. 118, correspondiente al 26 del mismo mes, se modifican las tarifas postales y telegráficas. La reforma entrará en vigor el día 10 del próximo mes de noviembre.

Consignamos a continuación los artículos de dicha Ley de interés general para nuestros lectores.

Art. 1.º Los artículos 40 al 50, ambos inclusive, de la vigente Ley del Timbre, de 18 de abril de 1932, quedan redactados en la siguiente forma:

Art. 40 Se entenderá como correspondencia para fuera de las poblaciones, la cursada entre las diferentes oficinas postales de la Península, Islas Baleares y Canarias, Posesiones españolas del Norte de Africa y del Africa Occidental, incluso Golfo de Guinea, Zona del Protectorado de Marruecos, Tánger y Andorra.

Se estimará como correspondencia interior la que se curse dentro de la misma población, pero sin considerar incluida en este concepto, la dirigida a barrios o puntos, que aunque enclavados en el mismo término municipal, se sirve por peatones, agentes rurales urbanos adscritos a estafetas enclavadas por fuera del casco de la población.

Salvo los casos de excepción establecidos en esta Ley, el franqueo y los derechos postales previstos en la

misma, se satisfarán en sellos de correos debidamente adheridos.

Art. 41. El franqueo de cartas para fuera de las poblaciones será de 40 céntimos por los 25 primeros gramos de peso y de 30 céntimos para cada una de las siguientes fracciones, excepto el de las cartas que se cursen entre el Protectorado de España en Marruecos y Tánger, cuyo franqueo será de 15 céntimos por cada 20 gramos o fracción. Para el interior de las poblaciones, el franqueo de las cartas será de 20 céntimos por cada 20 gramos o fracción de su peso.

El franqueo de las tarjetas postales será de 20 céntimos, y de 35 céntimos el de las dobles o con respuesta pagada, para fuera de las poblaciones. Para el interior de las mismas será de 15 céntimos en las primeras y de 20 céntimos en las segundas.

El franqueo de las tarjetas de visita en sobre abierto cuando solo lleven impreso o manuscrito el nombre, apellidos, profesión, domicilio y residencia del remitente, será para fuera de las poblaciones de 15 céntimos, sin que sus dimensiones puedan exceder de 11 centímetros de largo por 7 de ancho. Para las dirigidas al Golfo de Guinea y Río Muni, el franqueo será de 5 céntimos, y para las destinadas a la Zona de influencia española en Marruecos y Tánger, de dos céntimos. Para el interior de las poblaciones, el franqueo será de 10 céntimos cuando la tarjeta en sobre

abierto, solo lleve el nombre, apellido, profesión y señas del remitente. Las tarjetas de visita en sobre abierto que contengan alguna indicación impresa o manuscrita distinta de las anteriormente indicadas, se considerarán como cartas a los efectos de franqueo.

Art. 42. El franqueo de periódicos para fuera de las poblaciones será de un céntimo por cada 140 gramos o fracción, en los remitidos por las Empresas periodísticas. Cuando sean enviados por particulares, o en el interior de las poblaciones, cualquiera que sea el remitente, se abonará un franqueo mínimo de 5 céntimos hasta 700 gramos de peso, y de un céntimo por cada 140 gramos o fracción de este peso.

Los sellos se adherirán a las fajas o envolturas de los paquetes que contengan los periódicos, quedando terminantemente prohibida la inclusión dentro de estos de circulares, prospectos y anuncios.

Art. 43. El franqueo de libros e impresos para fuera de las poblaciones será de dos céntimos por cada 50 gramos o fracción de este peso; y para el interior de aquéllas de 5 céntimos por cada 200 gramos.

El franqueo de los papeles de negocios para fuera de las poblaciones será de 10 céntimos por cada 50 gramos o fracción de su peso, con un porte mínimo de 30 céntimos. Este porte mínimo no se exigirá en los destinados a las Posesiones del Golfo de Guinea y Río Muni, Zona de influencia española en Marruecos y Tánger.

Para el interior de las poblaciones será de 10 céntimos por cada 50 gramos o fracción, con un porte mínimo de 20 céntimos.

El franqueo de los paquetes postales donde se halle autorizado este servicio, se abonará en sellos de correos, conforme a las siguientes reglas:

Para los que se cambien entre Baleares, Canarias, Posesiones del Norte de Africa, Zona del Protectorado Español, en Marruecos y Tánger con la Península o viceversa, 2 pesetas 50 céntimos; para los que se cambien entre la Península y las posesiones del Africa Occidental, incluso el Golfo de Guinea, 3 pesetas, así como para los que cambien entre sí Baleares, Canarias, posesiones del Norte de Africa, Tánger, Zona del Protectorado Español, Marruecos y posesiones del Africa Occidental, incluso el Golfo de Guinea; y de una peseta y 50 céntimos para los que se cambien entre las oficinas del interior de las Islas Canarias o Baleares. Dichas tasas solo serán aplicables mientras el peso de los paquetes postales no exceda del límite máximo actualmente autorizado. Cuando se remitan asegurados o con declaración de valor, el derecho de seguro será de una peseta dentro del límite de 500 pesetas vigente en la actualidad.

Art. 44. Los derechos de franqueo de certificados serán, para fuera o para el interior de las poblaciones, de 50 céntimos en toda clase de correspondencia. El franqueo

será de 10 céntimos cuando se trate de libros, ediciones de música y revistas periodísticas que se vendan a un precio superior a 25 céntimos y consten, por lo menos, de 32 páginas aunque sin derecho a indemnización si sufriesen extravío.

Las cartas que tengan valores declarados en billetes de Banco satisfarán cada una, además de los derechos de franqueo y certificado que correspondan, el de seguro, a razón de 20 céntimos por cada 250 pesetas o fracción.

Cuando los sobres contengan valores declarados en fondos públicos, acciones u obligaciones de sociedades, o artículos similares, los derechos de franqueo certificado serán también los que correspondan, y el seguro, tanto para el interior como para fuera de las poblaciones, se reducirá a 10 céntimos por cada 250 pesetas o fracción.

En los objetos de valor, el franqueo para fuera o para el interior de las poblaciones será de 20 céntimos por cada 50 gramos o fracción de su peso; de 40 céntimos los derechos de certificado, y los de seguro, de 20 por cada 250 pesetas o fracción.

El franqueo de los valores declarados en metálico, cualquiera que sea su peso, será de 90 y 75 céntimos por envío para fuera y para el interior de las poblaciones, respectivamente.

Art. 45. Los derechos de reembolso para fuera o para el interior de las poblaciones será de 1 peseta en los paquetes postales; de 50 céntimos en los paquetes de muestras y

de 25 céntimos en la correspondencia certificada y asegurada.

Los avisos de recibo cursados para fuera de las poblaciones y pedidos en el acto de la imposición, cuando se trate de certificados de valores declarados o de paquetes postales, tendrán el franqueo de 15 céntimos, y de 20 céntimos cuando se soliciten con posterioridad a aquélla.

Para el interior de las poblaciones será dicho franqueo de 10 céntimos en el primer caso, y de 15 en el segundo.

Los derechos de reclamación para fuera de las poblaciones serán de 25 céntimos, y para el interior de las mismas de 20 céntimos.

Los derechos de petición para devolución, reexpedición o cambio de señas de correspondencia que tenga carácter de certificado, será de 70 céntimos para fuera de las poblaciones, cuando se deduzca la solicitud por correo; y si ésta ha de cursarse por telégrafo, se abonará además el importe del telegrama. En ningún caso se tramitarán esta clase de peticiones sin el previo pago de los derechos correspondientes. Dichos derechos serán de 20 céntimos para el interior de las poblaciones.

La entrega en lista de Correos de toda carta o tarjeta postal, incluso de las que procedan del extranjero, devengará un derecho de 5 céntimos por cada una de ellas.

La correspondencia urgente para fuera de las poblaciones llevará un sobreporte de 25 céntimos.

Art. 46. La tasa de todo telegrama para el interior de la Península e

Islas Baleares, Interinsulares y posesiones del Norte de Africa, será de 15 céntimos por cada palabra, con un mínimo de percepción de 1 peseta 50 céntimos. La tasa por palabra con las provincias de Canarias será la mitad de la ordinaria, con un mínimo de percepción de 75 céntimos, y en el caso de que el importe del telegrama no sea una cantidad múltiplo de 5, se redondeará por exceso hasta alcanzar el múltiplo inmediato.

Los telegramas urgentes de servicio interior, tendrán triple tasa de la ordinaria, con un mínimo de percepción de 4 pesetas 50 céntimos.

En los telegramas de giro se percibirá una tasa uniforme de una peseta.

Art. 47. Por todo telegrama, además del precio establecido, según tarifa, se abonarán 15 céntimos, que se harán efectivos mediante un timbre de telégrafos de dicho valor adherido al original del telegrama.

Por cada conferencia telegráfica se satisfará un recargo de 40 céntimos en timbres. En los abonos a dichas conferencias, el recargo será de 10 pesetas mensuales.

Las conferencias telefónicas de las líneas interurbanas generales y de servicio provincial, y los abonos por tales conferencias satisfarán, en concepto de recargo, un 8 % de la tasa que les corresponda con arreglo a la tarifa. Las conferencias de las líneas interurbanas no generales y los telefonemas, en los casos en que subsista su empleo, satisfarán la sobretasa

de 15 céntimos establecida para los telegramas.

Art. 48. Los timbres de correos se inutilizarán en todos los casos por las respectivas dependencias del ramo, con tinta tipográfica, en la forma dispuesta o que se disponga en el porvenir.

Art. 49. La correspondencia postal y telegráfica internacional, así como la radiotelegráfica, continuarán rigiéndose por los Tratados y Convenios que al efecto se celebren

Ministerio de Orden Público

Nota del Servicio Nacional de Policía del Tráfico

A pesar de la vigilancia establecida en las carreteras y de las sanciones que se imponen por mal uso de los aparatos de alumbrado en los cruces de vehículos de automóviles, se sigue comprobando—aunque en reducido número—que algunos conductores no cumplen lo ordenado en el Código de Circulación, dando como solución de alumbrado de cruces apagar el proyector de un lado, dejando encendido el del otro, o hacer las señales de forma tan incompleta y peligrosa que producen graves molestias en la normal marcha de los coches. Y como quiera que tanto por la prensa de toda España Nacional, así como por Radio se ha advertido con exceso la obligación de dar exacto cumplimiento a los artículos 146 y 147 del citado Código, se previene que por este servicio se dan órdenes para castigar con todo rigor las infracciones que sobre este extremo se cometan en lo sucesivo.

Valladolid 24 de octubre de 1938 (Año Triunfal).

SUSCRIBÍOS A LA REVISTA

«LA BENEMÉRITA»

CAÍDOS POR LA PATRIA

29 de Octubre. Día de los Caídos

La España Nacional exalta hoy vuestra memoria sagrada y os rinde en los templos del Señor el tributo de sus sufragios y en las aras de la Patria el homenaje de su recuerdo.

Caídos por España:

Vosotros con el sacrificio de vuestras vidas alumbrásteis el espléndido amanecer de esta nueva era de la España Imperial.

Caídos por España: ¡Presentes!

¡Beneméritos asesinados por las hordas rojas! ¡Camaradas caídos por Dios, por España y por la Guardia Civil! ¡Hermanos sacrificados por la bestia roja en las playas, campos, montañas y checas de Asturias! ¡Camaradas que sucumbísteis asesinados en el glorioso recinto del Cuartel de Simancas, después de una lucha gloriosa!

LA BENEMÉRITA se honra inscribiendo vuestros nombres gloriosos en sus páginas, y grita:

CAMARADAS CAÍDOS: ¡PRESENTES!

Relación de los jefes, oficiales, clases e individuos asesinados en Asturias durante el dominio rojo:

En Gijón. Cárcel del Coto de San Nicolás:

Comandante, don Leandro Blanco Martín.

Sargento, don Patricio Gómez Pinilla (martirizado por malos tratos de los asesinos rojos).

Cabo, don Pedro Lejas Gómez.

Corneta, don José Castro Villanueva.

En la defensa del Cuartel de Simancas (los supervivientes fueron fusilados al ser tomada por los rojos el glorioso y desmantelado recinto:

Sargento, don Juan Pino Tejada:

Guardias: don Luis Sejas Alvarez, don Mariano Andrés Vicente, don Mariano

Boza Santamaría, don Rufino Jiménez Muñoz, don Leoncio Rodríguez Zapico, don Prudencio Rivas García, don Jenaro Vicente Herrero.

En la playa de «La Franca» (Colombres):

Sargentos: don Enrique Sarrión Tévar y don Teodoro Zapata Jiménez.

Cabos: don Angel Blanco Barco, don Martín González Piñera, don Fermín Hernández Martín y don Francisco Vicente Ramos.

Corneta, don Manuel Gancedo Lueje.

Guardias: don Emilio Alvarez Fernández, don Pablo Alfonso Gutiérrez, don Joaquín Alfonso Gutiérrez, don Jaime

Castora López, don Celedonio Alejandro Fernández, don Herminio Blanco Barco, don José Bravo Castillo, don Miguel Martín Fernández, don José Gómez González, don José Ruiz Sevillano, don Francisco Ragel Rodríguez, don Marino Manrique Cachano, don Alfonso García García, don Felipe Martín García, don José Ortiz Godoy, don José Quijada Ramos, don Francisco Miguel Moreno, don José Hernández Jiménez, don Santiago Jiménez Díez, don Toribio Ramos Casado, don Hilario Tranche Porro, don Justo Hernández González, don Emilio Flores Sandar, don Daniel Castro Morado, don Felipe Redondo Escudero, don Manuel Serna Serna, don Jerónimo Teruel Díaz, don Hipólito Sánchez Vicente, don Aníbal Soto Estayo, don Agapito Villoria Martín, don Marcelino Romero Asensio, don Macario Gastón Brun, don Francisco Regadera Torices, don Manuel Galindo Morillas, don Jorge Corrales Barrio, don Pedro López Puertas, don Jesús Fernández Fernández, don Luciano García García, don Manuel Ferrero García, don Alejandro del Castillo Calvo, don Benigno Armilla Madarú, don Demetrio García Tejererina, don Escolástico Carrión Pavón, don José Cendán Pérez, don Florencio Fernández Grande, don José Gallego Tabernero, don Manuel Peleteiro Rodríguez, don Evaristo Varela González, don Pablo Torres Torres, don Luis Gárate Martín, don Claudio Calvo Gómez, don Tobías Camionero Monge, don Cristóbal Flores Rodríguez, don Manuel González García, D. José Echevarría Viguría y D. Ramón Alfonso Gutiérrez.

En Cabañas de Virtus (Burgos):

Capitán don Enrique López Anglada y guardias don Enrique Munguía Herro y don Andrés Rofra Gómez.

NOTA.—Los sesenta y tres beneméritos asesinados en la playa de La Franca, del Ayuntamiento de Llanes, y los otros tres que lo fueron en Cabañas de Virtus (Burgos), tomaron parte en Gijón en nuestro glorioso Alzamiento. Hechos prisioneros a causa de la cobardía de un jefe que los rindió a la horda, y cuyo jefe saldó ya sus cuentas con la recta y severa justicia de Franco, se les condenó a cadena perpetua y se les recluyó en el Penal del Dueso de esta provincia, donde, como todos los prisioneros, fueron inhumana y canallesamente tratados.

Unos ocho días antes de la caída de Santander (agosto del 37), sacaron del Penal a esos 63 mártires, que por el hambre y los malos tratos sufridos apenas si podían tenerse en pie. Y el 28 de agosto de 1937 fueron cruelmente sacrificados en unión de otros prisioneros, por la furia marxista, en el pintoresco lugar de La Franca.

El capitán y los dos guardias fusilados en Cabañas de Virtus les habían sacado del Penal, como a otros muchos, para emplearlos en rudos trabajos de fortificación, bajo el látigo soviético.

Asesinados en Riofrio (Asturias):

Cabos: don Domingo Martín Pérez y don Manuel Calahorra González.

Guardias: don César Rodríguez García, don Luis Rodríguez Álvarez, don Camilo Rodríguez Núñez, don Antonio Corral Arroyo, don Antonio Prado Castro, Jeronín Seira Fojo, don Carlos Muñoz Becerra, don Fausto Puente Sáez, don Alfonso López de Soria, don Angel Martín Domínguez, don Edmundo de los Reyes, don Benjamin Moiruelo Folguerras, don Anastasio Puente Bañares, don Indalecio Sil Moreno, don Tomás Gon-

UN FUSILADO SUPERVIVIENTE

De una de esas redadas de víctimas de la barbarie roja formaba parte el guardia del puesto de La Felguera don *José Armesto Trincado*.

Este camarada fué también fusilado con un grupo en una noche lóbrega y fría. Previo el tiro de gracia que milagrosamente no alcanzó a Armesto, los asesinos despojaron a sus víctimas de zapatos, calcetines y otras prendas y después de deliberar un rato acordaron sepultar los cadáveres a la mañana siguiente.

El compañero José Armesto, que había recibido dos heridas de bala de fusil en el brazo izquierdo y otra en una pierna con fractura de la rótula, al ver desaparecer a los verdugos, logró, tras titánicos esfuerzos, arrancar a dentelladas las ligaduras que amarraban sus manos. Seguidamente hizo tiras la única prenda que los despojadores de cadáveres le dejaron puesta; vendó, como Dios le dió a entender, sus heridas, para cortar la abundante hemorragia que le desangraba; miró, por última vez, con los ojos arrasados en lágrimas a aquellos sus pobres compañeros, y arrastrándose y dando tumbos y sufriendo frecuentes desvanecimientos y sin saber adonde se dirigía, trepó por aquellos montes y logró llegar, después de unas mortales y angustiosas horas, a una de las avanzadillas nacionales del sector de Lillo, de la provincia de León. Unos piadosos y heroicos falangistas le recogieron en estado casi cadavérico y le trasladaron al hospital de León.

Hoy el camarada «fusilado» José Armesto Trincado presta servicios, por cierto muy valiosos, en su antiguo puesto de La Felguera.

zález Rodríguez, don Cipriano Herrero López, don Luis Iglesias Mayo, don José Rodilla Guerra, don Alfonso Casado Preciados, don Casto Fuente Tejerina, don Juan Sarrán López, don Andrés Guartía Garrido, don Rogelio Veiga Gómez, don Rafael Rodríguez Lorenzo, don Manuel Escarmena Fernández, don Julián Díaz Santos Gil, don José Maireles Soriano, don José González Calleja, don Tomás Hernández González, don Santiago Carvajo González, don Pedro Inarejo Ruiz, don Agustín Linares Maldonado, don Francisco Sánchez García, don Antonio Hernández Escudero, don Casimiro Iñigo Montoya, don Eulogio Torrego Herrero, don Ramón Calderón Villar, don José Tortosa Ventura, don Naniel Casado Ganges, don Gerardo Baladrón Romero, don Diego Expósito Recio, don Federico de Diego González, don Alberto Gregot Sánchez, don Miguel Suárez Olivencia, don Emilio Rodríguez Rivas, don Edesio Sánchez Alonso.

NOTA.—Estos 48 compañeros pertenecían a la 4.^a Compañía destacada en La Felguera. Tras breves horas de heroica lucha con millares de mineros y median-do también la traición del Brigada Antonio Escandell Torres, que previamente había inutilizado las ametralladoras de la Compañía, fueron hechos prisioneros los guardias supervivientes y encerrados en un convento y trasladados, días después, a la iglesia de Moreda, de donde, en pequeños grupos, iban saliendo para ser asesinados en Riofrío.

Al avisarnos

su cambio de residencia o nuevo destino, indíquenos dónde se encontraba anteriormente.

Asesinados en La Felguera:

Sargento, don Antonio Navazo Benito; cabo, don Jerónimo Alvarez Prieto y guardias don José Hernández González, don Cirilo Mielgo y don Severiano Fernández Estévez.

NOTA.—A estos compañeros, después de herirles de varios tiros, les dejaron morir abandonados en las calles y en el cuartel entre las befas, escarnios y júbilo de la chusma encanallada e inhumana.

Asesinados en diversos puntos:

Teniente, don Claudio Sánchez Sánchez y Alférez, don Isidoro Corrales Grande, en La Calabaza (Siero).

Guardias: don Jesús Rodríguez Fernández, en el frente Oriental; don Antonio Gallego Bernal, en Santa Ana de Abuli; don Manuel Rocha Tur, en el frente de Oviedo; don Víctor García González, en Los Charcones (Colunga); don Luis Rambla Escalante, don Gaudioso de los Reyes Tombia, don José Humanes Angel y don Secundino Bretón Argüelles, en el puerto de San Isidro.

Cabo, don Jerónimo Blanco Díaz, desapareció de la cárcel de Moreda; guardias: don Antonio Moreno Rayo, por Ribadesella; don Luis Fuentes Espinel, don Víctor Sierra Mayo, don Angel Pérez Fonseca, en San Estéban de las Cruces; don Teódulo Salvador Tamayo, en el Depósito de Aguas de Oviedo; don Juan Arnáiz Pastor, en Colloto; don Luis de Diego González, en Lastra; cabo, don Emilio García González, en Lada (Langreo).

Asesinados en puntos aún ignorados:

Brigada, don Manuel Martín Rubio; sargento, don Primitivo Mayor Gárate;

corneta, don Toribio López de la Torre; guardias, don Jesús Alonso Calvo, don Francisco Acevedo González, don Domingo López de la Fuente y don José García López.

En Gijón:

Teniente, don Octavio Lora Macio; guardia, don Joaquín Rayo Fernández

A P U N T E S

del programa de exámenes para el ascenso a cabo

Tenemos la satisfacción de comunicar a nuestros suscriptores que en el presente mes de noviembre (Dios mediante) comenzaremos a editar nuestra anunciada y expresada obra que cuenta ya con suscripciones suficientes, al menos, para cubrir los gastos de impresión.

La publicaremos en dos tomos separados, ya que de hacerlo en uno solo resultaría demasiado voluminosa.

Saldrá primero el relativo a *Instrucción peculiar del Cuerpo* que abarcará todas las materias comprendidas en el *Programa*, dando solo las preguntas en los temas «Cartilla», «Reglamentos», «Aritmética» y «Geometría». En las restantes asignaturas insertaremos preguntas y respuestas.

No hemos podido hacer aún un cálculo aproximado del precio del primer volumen. En cuanto nos sea posible efectuarlo lo anunciaremos en esta sección, para que aquellos que lo deseen, nos giren su importe para sufragar los gastos de la tirada. El envío se hará certificado, para evitar extravío de ejemplares y los gastos de éste se incluirán en el precio total del tomo.

Está aún abierto el plazo para suscripción de ejemplares.

Imprenta de la Librería Moderna.—Santander

A los señores suscriptores de LA BENEMÉRITA

Normas para el pago de la suscripción

Para la buena marcha y puntual salida de nuestra revista, precisamos que nuestros compañeros nos hagan el para nosotros señaladísimo favor de efectuar sus giros con la mayor puntualidad.

Nuestra situación económica después del insaciable expolio rojo, es verdaderamente precaria.

Nuestros suscriptores pueden hacer los giros por los meses que deseen, siendo conveniente que la cantidad mínima que se gire sea de tres pesetas. Todos los giros de un mismo puesto pueden hacerse en una misma libranza, para evitar mayores gastos.

Para la mayor claridad y exactitud en la anotación y abono de giros es *imprescindible* que se nos remita el adjunto boletín de aviso de giro que puede sernos enviado en sobre abierto, franqueado con dos céntimos a la siguiente dirección:

Impresos

Sr. Director de LA BENEMÉRITA

Apartado de Correos número 106

SANTANDER

Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.

El giro debe hacerse a nombre de Jenaro G. Geijo, apartado 106.—
Santander. En el boletín de aviso de giro no deben escribirse otros datos que los indispensables para llenarlo.

BOLETÍN DE AVISO DE GIRO

El suscriptor de LA BENEMÉRITA, D.

....., perteneciente a la Co-

mandancia de y con destino actualmente en el puesto de provincia de gira

con esta fecha a don Jenaro G. Geijo, giro postal núm. ptas.

para el pago de la suscripción de los meses

..... de de 1938.

NOTA.—De este giro se enviará recibo al interesado directamente.

